



LAS QUERIDAS

COMO se sabe las clases muy altas y las clases muy bajas no tienen moral. Tradicionalmente las clases altas al robo lo suelen llamar negocio y al sexto mandamiento, ese que regula las llamadas de la vena iliaca se lo pasan con cierta desfachatez por debajo del arco triunfal, precisamente de donde cuelgan los atributos e instrumentos de ese pecado. Las clases bajas, es decir, las que trabajan a muerte, dada la organización de nuestra sociedad, tratan de apropiarse de cuanto les falta sin mucho problema de conciencia pero como están muy vigiladas raramente consiguen robar; en cambio hacen lo otro cuanto pueden sin necesidad de tener los papeles en regla y en esto se parecen a los aristócratas.

La depositaria y guardiana de la moral que prohíbe meter mano en la propiedad del prójimo y en las carnes de la prójima es la clase media. Desde siempre los pequeños burgueses se han tomado muy en serio el oficio de ser buenos, de

llevar corbata y de dar una apariencia honorable a sus relaciones sexuales con pijama a rayas y camión almidonado. Sin embargo desde toda la vida ha sido uno de los signos externos característicos de la clase media la institución de la querida, el tener colocada una amante gordita en un pisito donde el pequeño burgués solía acudir a una hora exacta: allí la pareja primero tomaba café, luego comía el pecado mortal y finalmente terminaba la sesión con un ponche servido con amor maternal y un besito furtivo en el rellano.

Los tiempos han cambiado. Las clases muy altas y las clases muy bajas siguen en lo suyo específico, robando a mansalva y trabajando a muerte respectivamente, pero la clase media ha

visto desaparecer la institución fundamental de la querida porque al final resultaba cara y además con lo del pluriempleo ya no se la podía atender. Aunque el pequeño burgués sigue en sus trece. La parte erótica la tiene ahora abastecida con los anuncios del tampax, del cruzado mágico y con el stok de los desodorantes íntimos, más pecaminosos que las antiguas amantes que eran unas buenazas y nunca se perdían una sabatina. Las amantes del pequeño burgués son ahora la nevera, el televisor, el friegaplatos, la lavadora y el turmix de la mahonesa con los que ha establecido una liasión morbosa. Pero la cosa ha perdido encanto. Estas queridas ya no dicen eso de te juro que es la primera vez, vas a pensar que soy una cualquiera y me has hecho una desgraciada, porque las lavadoras a pesar de la publicidad no suelen hablar. En cambio tienen la ventaja de que te son muy fieles. Pagas la letra y ya está. No son como las otras que al final te la pegaban con el portero.

VICENT

